

## REFLEXIÓN



## ARTURO ARDAO, LA IDEA Y EL NOMBRE DE AMÉRICA LATINA

LAURA FEBRES

Universidad Metropolitana. Caracas.  
lfebres@unimet.edu.ve

## 1. PENSAMIENTO HISTÓRICO, CULTURAL Y EDUCATIVO DE AMÉRICA LATINA

Arturo Ardao, filósofo uruguayo, nacido en 1912 y recientemente fallecido en 2003, nos muestra un enfoque peculiar y creativo de lo que ha sido el proceso de integración de América Latina, a través de muchos de sus ensayos.

Decía Pedro Henríquez Ureña, en varios de sus artículos escritos en la década de 1930-1940, que existían hombres en la América Hispánica que cumplían el papel de agentes integradores del continente y que tenían las siguientes características:

Estos americanos de excepción, a los cuales Henríquez Ureña rinde homenaje, son los ejemplos carnalizados del paradigma que debía seguir el intelectual latinoamericano. Son los intelectuales con que América debe contar para que se realice en ella la integración. ...

Las características de este modelo de intelectual son las siguientes: 1) Todos aman a su *tierra*. Henríquez Ureña manifiesta este término comprensivo con una gran frecuencia; generalmente *tierra* incluye

dos conceptos que no son necesariamente idénticos pero que Henríquez Ureña siempre se empeña en fundir: la nación de origen del autor en cuestión y la América total. 2) Poseen ...*el ansia de justicia y libertad*...

3) Manifiestan inclinación literaria pero *El deber moral no los deja ser puros hombres de letras ...Pudo como Rubén Darío, sacrificarlo todo al solo ideal de ser poeta; pero antes quiso acatar normas de honrado*; Todo para este pensador, tiene sentido ético. 4) Este sentido ético los convierte en *apóstoles genuinos en nuestra América*. 5) Trabajan sin descanso, ... *sin ostentación ni propaganda* porque creen que *la acción es la salvadora*. 6) Los caracteriza la singularidad en el sentido de que *no se formó repitiendo ajenas lecciones... se expresó, personalmente* 7) Como ya dijimos todos ellos son originalmente hombres de letras, sin embargo terminan frecuentemente estudiando y aun siendo expertos en áreas históricas, científicas y filosóficas, lo que no empobrece su experiencia literaria sino la enriquece<sup>1</sup>.

Todas ellas, podemos decir que las tenía Arturo Ardao a quien tuve la oportunidad de conocer en sus años de exilio en Venezuela entre 1980 y 1988, porque fue mi profesor y tutor de tesis de maestría en la Universidad Simón Bolívar de Caracas. Tal vez intuyendo él que probablemente me animaría a presentar un trabajo como éste algún día, me mandó desde Uruguay sus libros escritos en Venezuela durante ese tiempo, pero publicados en Montevideo. Les explicaré, entonces, algunas de las líneas fundamentales de su pensamiento Latinoamericanista, expresadas en cuatro de sus libros fundamentales: *Estudios Latinoamericanos de Historia de las Ideas*, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, *La inteligencia Latinoamericana*, y *Nuestra América Latina*. El primero de ellos publicado en Caracas, pero escrito en Montevideo; el segundo escrito y publicado en Caracas, los dos últimos escritos en Caracas, pero publicados en Montevideo.

Cuando hablé del proceso de integración de América Latina desde una óptica peculiar, me refiero a que su análisis del proceso histórico que condujo a la integración de Latinoamérica no lo he observado en otro intérprete del suceso y de allí su originalidad. Parte Arturo Ardao del estudio riguroso de las ideas y los nombres que los latinoamericanos hemos tenido sobre América meridional, para explicar su proceso de integración. Las ideas y los nombres con que los latinoamericanos hemos pensado y designado el espacio americano, demuestran una orientación clara hacia una integración cada vez mayor de las distintas partes de Latinoamérica:

Fue, por lo contrario, un episodio más en el prolongado empeño de nuestra América, como amaba decir Martí, o de América la nuestra, como gustaba escribir Rodó, por la definición de su identidad a través de la determinación de su nombre. Ese empeño ha tenido mucho de drama. Las sucesivas generaciones, desde aquellos fines del siglo XVIII a nuestros días, lo han venido sintiendo, cada una a su modo, pero siempre bajo la necesidad de dar respuesta a cambiantes desafíos a la autonomía de su personalidad común. O sea, a su existencia misma. No saber cómo llamarse es algo más que no saber cómo se es; es no saber quién se es<sup>2</sup>.

No dudo que su reflexión filosófica sobre el espacio, contenida en su libro *Espacio e inteligencia*, esté presente en el plan-teamiento original de Arturo Ardao en cuanto al nombre y la idea de América Latina, pero esta última no será objeto de nuestro análisis aquí, ya que nos concretaremos solamente a aquellos libros de tema americanista.

En el mismo libro *Estudios Latinoamericanos de Historia de las ideas*, del que sacamos la cita anterior empieza a estudiar la idea de América expresada en el nombre *Colombia*<sup>3</sup> denominación de “inequívoca intención propagandística y proselitista” según Ardao, que Francisco de Miranda utilizó para denominar a la América española.

La abrumadora multiplicidad terminológica en uso, desdibujaba su imagen, bien reduciéndola en una serie de nombres (América, América del Sur, América Meridional, Continente Americano, Continente Sur Americano) a mera expresión geográfica, bien manteniéndola en otra

1. FEBRES, Laura. *Pedro Henríquez Ureña. Crítico de América*. p.p. 128 y 129.

2. ARDAO, Arturo. *Estudios Latinoamericanos de Historia de las ideas*, “La idea de la Magna Colombia, de Miranda a Hostos” (1975). p. 26.

3. La utilización de Magna Colombia es convencional para distinguir a la construcción histórica, Gran Colombia, de la denominación mirandina.

serie (América Española, Hispanoamérica, Continente Español Americano, Continente Americano Español, Continente Hispanoamericano) atada de algún modo a la nacionalidad de la metrópoli. Miranda en particular, debió sentirlo intensamente. Hubo de llegarle, así, el solemne momento de encarar el lanzamiento público, (a partir de 1800) por primera vez –e iba a ser como una proclama dentro de otra proclama– del revolucionario nombre, hasta entonces apenas escrito en privado alguna vez, a que había llegado tres lustros atrás: *Colombia*<sup>4</sup>.

Esta denominación fue utilizada en un documento público por primera vez en la constitución venezolana aprobada el 21 de julio de 1811 para denominar a Hispanoamérica, bajo la influencia de Francisco de Miranda.

“En una primera redacción del texto transcrito se decía *América* donde después se puso *Colombia*, figurando de este último modo en la edición oficial hecha en Caracas por Juan Baillío, en 1812. Como lo ha señalado Ramón Díaz Sánchez, debe atribuirse la corrección a la personal influencia de Miranda, integrante del Congreso Constituyente”.

Esta denominación pierde momentáneamente su vigencia cuando se hace realidad el sueño bolivariano de la Gran Colombia, pero el término Colombia vuelve a intentar ser restaurado con motivo de las invasiones de Estados Unidos a estas tierras por un corto periodo de tiempo.

Después de las anexiones en la década del 30 y de la guerra en México en la del 40, la alarma vuelve muy grande con el filibusterismo de Walker en la del 50. El año de 1856 fue el crítico. De norte a

sur se clama por la defensa a través de la unión. Y renace con caracteres angustiosos la búsqueda del nombre común.

... Justo Arosemena, de Panamá, parte entonces de Nueva Granada, resucita el nombre de Colombia para proponerlo de nuevo en su dimensión mirandina. *...Hace más de veinte años que el águila del Norte dirige su vuelo hacia las regiones ecuatoriales... Entretanto, señores, Colombia duerme... Pero aún es tiempo si Colombia despierta. ...Preferimos devolver al ilustre genovés la parte de honra y de gloria que se le había arrebatado: nos llamaremos colombianos...<sup>5</sup>;*

Sin embargo, concluye Ardao este ensayo manifestando su predilección por el nombre América Latina, que según él prevalecerá sobre Colombia como lo señalara Eugenio María de Hostos en 1874.

“Aquel conato de la Magna Colombia en el tercer cuarto del siglo XIX, resultó sobrepasado, en cuanto concepción y denominación, por el nacimiento y desarrollo de la idea y el nombre de América Latina. Con más precisión, Latinoamérica. Pero ésta es, desde luego, otra historia. Más extensa y más compleja”<sup>6</sup>.

La historia del nombre América Latina la continuará Ardao en su libro *Génesis de la Idea y el nombre de América Latina*; sin embargo, no podemos dejar antes de comentar otra ensayo contenido en el libro *Estudios Latinoamericanos de Historia de las Ideas* titulado *El americanismo de Rodó*.

El americanismo en Rodó no puede ser separado del rasgo al que frecuentemente está profundamente unido todo americanismo y es la “milicia americanista”<sup>7</sup>. Rodó, según el análisis de Ardao, desarrolló el americanismo en cuatro puntos

4. ARDAO, Arturo. *Estudios Latinoamericanos de Historia de las ideas*. “La idea de la Magna Colombia, de Miranda a Hostos” Paréntesis nuestro (1975). p. 14.

5. Pág. 28.

6. Pág. 32.

7. Pág. 111.

fundamentales: Americanismo literario, Americanismo cultural, Americanismo político y Americanismo heroico.

No disponemos aún de las obras completas de Arturo Ardao para poder desarrollar con detalle la presencia de estos cuatro puntos en sus escritos, como él las desarrolló magistralmente en la obra de José Enrique Rodó, pero si podemos hacerlo de manera exploratoria en los cuatro libros que hemos mencionado al principio de esta ponencia.

El primero de ellos, el Americanismo literario se manifiesta en el conocimiento que posee Arturo Ardao de la literatura de Latinoamérica manifestada en su ensayo *Primera idea del Americanismo literario*. Allí establece una distinción entre dos ideas que van a ser fundamentales en sus obras, la idea de americanidad y la de americanismo.

La primera, presente en la literatura latinoamericana, aún en la Colonia cuando la fuerza de la naturaleza de América hizo que los autores hablaran de un modo distinto a como se había escrito en Europa. La segunda idea, el americanismo contiene dos ideas distintas, una el americanismo visto como la originalidad conscientemente buscada en la expresión americana y la otra, para Ardao la más importante y en la cual suele poner el énfasis, el americanismo como un programa consciente a favor de la América unida.

En sus ensayos *Primera idea del americanismo literario* y *Del Hispanoamericanismo literario al latinoamericanismo literario* demuestra nuestro autor el conocimiento extenso que tiene de nuestra literatura, haciendo el recuento de su evolución hacia una voluntad de integración cada vez

mayor de Latinoamérica.

En este proceso Ardao reconoce que existen tres períodos diferentes en nuestro esfuerzo de integración:

Sin perjuicio de eventuales precisiones ulteriores, lo anterior permite desde ya distinguir tres definidos períodos en el recorrido del americanismo literario hasta aquella altura del siglo XIX: período continentalista, 1821-1827; período nacionalista, 1828-1845; período de nuevo continentalista, de 1846 en adelante<sup>8</sup>.

Ardao piensa que en la Colonia pudo haber existido la idea de Americanidad, como la explicamos líneas más arriba, pero no la idea de americanismo como necesidad de unión continental. De manera contraria a la opinión generalizada sobre el origen de nuestra necesidad de integración, nos dice:

Llegados a este punto, la primera cosa a establecer es que no pasa de un malentendido la creencia de que estuvimos culturalmente integrados bajo la colonia, que perdimos luego esa integración por el fraccionamiento de las nacionalidades, y que se trata de recuperarla por la reorganización de la perdida comunidad. Lo que nuestra América tuvo de unidad cultural, a la vez que política y económica, en el período colonial, no fue otra cosa que la coparticipación en un sistema imperial común, sin efectiva, comunicación entre sí de sus piezas componentes. Ella faltó, por supuesto, entre Hispanoamérica y Brasil, cuya dualidad de primer plano puede reducirse a la unidad de aquel solo sistema imperial común, en cuanto sistema. Pero faltó, además, entre las distintas regiones hispanoamericanas<sup>9</sup>;

Sin embargo, el americanismo literario no solamente se refiere a la literatura en sentido estricto como hablamos de ella en

8. ARDAO, Arturo. *La inteligencia Latinoamericana*. "Del hispanoamericanismo literario al latinoamericanismo literario" (1980). p. 47.

9. "Primera idea del americanismo literario" (1980). p.15.

nuestros días, sino que abarcaba los campos donde podía manifestarse el espíritu humano, por lo que el americanismo literario era muchas veces americanismo cultural.

En cualquier caso, la idea del americanismo literario se dio desde el primer momento subsumida en un amplio y diversificado concepto de americanismo cultural, del cual a veces es parte, pero más a menudo expresión equivalente<sup>10</sup>.

Dentro de este americanismo cultural figura el americanismo filosófico, campo que va a ser privilegiado en la obra de Arturo Ardao en ensayos como: *El latinoamericanismo filosófico de ayer y hoy, e Historia de las ideas filosóficas en América Latina* que pertenecen al libro que venimos analizando *La inteligencia latinoamericana* y que merecen un estudio detallado, en un trabajo aparte

Al americanismo literario se le reconoce su inicio en 1823 en Londres, en *La alocución a la poesía* cuando Andrés Bello expresaba:

*Tiempo es que dejes ya la culta Europa,  
Que tu nativa rustiquez desama,  
Y dirijas el vuelo a donde te abre  
El mundo de Colón su grande escena*<sup>11</sup>.

No obstante, tiene como antecedente muy importante la Biblioteca Columbiana en Lima, publicada por el neogranadino Juan García del Río en 1821. Continúa después la elaboración del programa americanista en la generación de la Independencia y luego en la del Romanticismo.

Conforme a ellas, más allá de las congénitas anticipaciones americanistas de la literatura colonial y del despertar nacional de la generación neoclásica de la Independencia –incluida la proclama de Alocución a la poesía, 1823– el americanismo literario alcanza la plenitud de su configuración histórica en la doctrina y la hora de nuestro romanticismo. Mojón decisivo: *La cautiva*, 1837<sup>12</sup>.

Continuamos con su comentario sobre la *América Poética* de Juan María Gutiérrez, nacida después del florecimiento del Romanticismo y de la fragmentación de América española en distintas literaturas nacionales, la cual fue publicada en Valparaíso entre 1846 y 1847 por entregas:

Aparte de lo que como manifestación de continentalidad representaba, por sí sola, la naturaleza de la obra misma, al igual que el padrinazgo poético y la colaboración personal de Bello, ciertos párrafos del citado prólogo de Gutiérrez tienen especial significación para la historia del unionismo intelectual de Hispanoamérica:

*Nos guía en la publicación que anunciamos una intención seria. La tenemos por acto de patriotismo, mirando en ella uno de los testimonios que aún faltan para convencer de que en el pensamiento americano hay elevación, nobleza y unidad. A tal categórica afirmación unitaria seguían estas palabras:*

*Al ver cómo en pueblos tan apartados luce la llama de una misma inspiración; el mismo amor por la patria, las mismas esperanzas de mejora y de engrandecimiento; igual entusiasmo por las instituciones nacidas de la emancipación; igual encanto ante la naturaleza virgen, lozana y maravillosa del Nuevo Mundo, creemos que no se podrá negar, que a más de aquella armonía que proviene de la comunidad de religión y de idioma, existe otra entre las Repúblicas Americanas: la armonía del pensamiento*<sup>13</sup>.

Luego de esta antología poética apareció en Santiago de Chile en 1861 el *Juicio crítico de algunos poetas hispanoamericanos* publicado por Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, “los poetas

10. Pág. 13.

11. Pág. 7.

12. Pág. 8.

13. “Del hispanoamericanismo literario al latinoamericanismo literario” (1980). p.p. 49 y 50.

estudiados fueron 15, correspondientes a ocho países”<sup>14</sup>.

El siguiente gran paso en la evolución de la integración americana es estudiado por Arturo Ardao, no sólo en *La Intelligencia Latinoamericana*, sino también en el libro *Génesis de la idea y el nombre de América Latina* publicado durante su exilio en Caracas.

Mantiene Arturo Ardao que el Colombiano José María Torres Caicedo es “El entronizador del nombre América Latina como denominación continental”<sup>15</sup>. Pero además de este mérito, fue también el primero que reunió la expresión latinoamericanista no sólo en el campo de la poesía sino también en otros campos:

... su continentalismo literario tuvo de innovador no sólo la temprana introducción de la terminología latinoamericanista, llamada a tanto éxito un siglo más tarde. Lo caracterizó, además, el haber abordado por primera vez la unidad de la literatura hispanoamericana en diversos géneros, no únicamente en el de la poesía<sup>16</sup>.

En este libro editado en Caracas por el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, expresa que el nombre América Latina comienza a gestarse con gran fuerza también en la década de los cincuenta del siglo XIX debido al avance de Norteamérica sobre Hispanoamérica:

La latinidad atribuida a partir de entonces a nuestra América, asume su real sentido a través del contraste con la condición sajona atribuida también desde entonces –no antes– a la América Septentrional. América Sajona y América Latina constituyen, por lo tanto, típicos conceptos correlativos, de una correlación por la expresada antítesis entre *dos Américas*, fuera de la cual carecen de explicación, a la vez que por virtud de la cual resultan históricamente inseparables<sup>17</sup>.

Comprueba Arturo Ardao como la idea de la latinidad de América como adjetivo nace por primera vez en la mente de un francés, pero la sustantividad aparece en la pluma de un americano, siguiendo un proceso histórico que señala a continuación:

En una primera etapa, aun después de esa Independencia no existen ni la idea ni el nombre de América Latina; en una segunda, hace su aparición la idea, pero sin la compañía del nombre, en el carácter sustantivo que llegaría a asumir; en una tercera, aparece el nombre con que la idea cuaja históricamente<sup>18</sup>.

En la primera etapa, como estudiará después Arturo Ardao en su ensayo *Primera idea del Americanismo literario* será la Americanidad, es decir la descripción del paisaje y la realidad lo que esté presente, pero no la intención necesaria de nuestra unión, porque formábamos parte de una monarquía. La idea de América latina aparece por primera vez en la Introducción al libro *Cartas sobre la América del Norte* escrita en 1836 por Michel Chevalier. Allí expresa éste en primer lugar:

Las dos ramas, latina y germana, se han reproducido en el Nuevo Mundo. América del Sur es, como la Europa meridional, católica y latina. La América del Norte pertenece a una población protestante y anglosajona.

Y Agrega Arturo Ardao:

La idea de una América *latina* quedaba así establecida, con el correlativo ensanche de su filiación histórica, en el juego de nuevos valores a escala universal. No será sino en la década del 50 que la

14. Pág. 50.

15. Pág. 52.

16. Pág. 52.

17. ARDAO, Arturo. *Génesis de la idea y el nombre de América Latina* (1980). p. 8.

18. Pág. 25. Negrilla en el original.

adjetivación se sustantive, dando paso al nombre **América Latina**.

El sustantivo aparecerá el 26 de setiembre de 1856 de la pluma del colombiano José María Torres Caicedo, en un poema titulado *Las dos Américas* donde se lee:

**La raza de la América latina  
al frente tiene la sajona raza<sup>19</sup>**

Ardao hace este estudio para desmentir la idea de que el nombre América Latina surgió de pluma francesa por primera vez, como se ha acostumbrado pensar. Y por eso nos explica en el siguiente párrafo aclaratorio:

Las explicaciones precedentes no son de ninguna manera ociosas. Existe la equivocada creencia, varias veces repetida en los últimos tiempos, de que la denominación *América Latina* no surgió sino en la década del 60, por obra de Napoleón III, con el fin de justificar su odiosa aventura mexicana. Temprano producto, como en realidad fue, de la resistencia hispanoamericana al imperialismo americano del norte, vendría a resultar, según esa versión, el engendro intelectual y político de una de las formas históricas del imperialismo francés. Ciertamente que en su momento éste intentó –sin éxito– su aprovechamiento propagandístico. Pero eso es, por supuesto, otra cosa. Tal equivocada creencia tiene por fuente un estudio publicado en 1968 por el investigador norteamericano John Pelhan, bajo el título **Panlatinismo, la intervención francesa en México y el origen de la idea de Latinoamérica<sup>20</sup>**.

Continúa Torres Caicedo con su vocación Latinoamericanista, y en 1865 publica en París su libro titulado **Unión Latino-Americana:**

Su sólo título constituía una divisa que aspiraba a sustituir la entonces agotada, para el conjunto de los países del sur del hemisferio, de *Unión Americana<sup>21</sup>*.

Y culmina el estudio de Ardao acerca de este colombiano y su vinculación con la creación del nombre de América Latina diciendo:

A 1886 corresponde la última manifestación de unionismo latinoamericano hecha pública por Torres Caicedo, que nos ha sido posible registrar. En acto homenaje a José de San Martín, celebrado en París, declaró:

*Yo he pensado siempre que todos los latinoamericanos debemos rendir un tributo de amor, de reconocimiento y de veneración a todos los grandes hombres de América que nos han hecho nacer a la vida de hombres libres y de pueblos independientes, cualquiera sea el lugar de su nacimiento. Para mí, colombiano, que amo con entusiasmo mi noble patria, existe una patria más grande: la América Latina<sup>22</sup>.*

Según Ardao, a pesar de la importancia que el paso dado por José María Torres Caicedo tiene para la integración del Continente, se ha cometido una gran injusticia histórica con él porque no se reconoce lo que hizo en la Historia de nuestras letras y de nuestra integración.

En un total de 1417 páginas, los tres volúmenes de *Ensayos biográficos y de crítica literaria*, que fue propósito de su autor continuar, abarcaron el examen de 56 escritores....En la historia de la literatura hispanoamericana, América Poética, el pionero volumen antológico continentalista de Juan María Gutiérrez, ha tenido más fortuna que la olvidada obra del colombiano: ha sido así, en especial, a partir del celebrado ensayo de Rodó *Juan María Gutiérrez y su época*, que figura en el *Mirador de Próspero*. No menciona a Torres Caicedo; tampoco lo recuerda

19. Pág. 83. Negrilla en el original.

20. Págs. 86 y 87. Negrilla en el original.

21. Pág. 111.

22. Pág. 127.

Henríquez Ureña<sup>23</sup>.

La importancia de Rodó, en relación con el americanismo, no sólo radica en la escritura de este ensayo famoso sobre Juan María Gutiérrez, sino en haber utilizado con frecuencia la expresión que da título al volumen de ensayos que venimos comentando de Arturo Ardao: *La inteligencia americana*. Para Ardao era muy importante precisar qué era la inteligencia y luego explicar como este término podría convertirse en americano.

El escribiría antes del libro mencionado, otro titulado *Espacio e inteligencia* donde define estos conceptos universalmente, sin la concreción americana. Su último libro también contiene el término inteligencia y lleva por título “Lógica de la razón y lógica de la inteligencia”.

Citaremos aquí un pequeño párrafo de Ardao sobre la inteligencia contenido en *Espacio e inteligencia* en un ensayo titulado *De hipótesis y metáforas*:

La inteligencia ama al caos: lo ama por el placer que le produce ordenarlo.

En la inteligencia, la intuición es el eros del logos.

La sabiduría, no ya el saber, es inaccesible por la sola razón o la sola intuición; es por la inteligencia que se accede a la sabiduría.

La razón es autognosis del espacio supuesto en reposo; la inteligencia lo es del espacio en movimiento: en su real fluencia temporal<sup>24</sup>.

Cuando en su ensayo *El americanismo*

de Rodó él define el pensamiento de este autor diciendo que sus categorías medulares no son americanistas; pero que sin embargo el americanismo es un capítulo muy importante en su obra, podemos afirmar que esto también puede ser dicho acerca de Arturo Ardao.

Se cometería, sin embargo, un grave error si se pensara, no ya que el americanismo encierra o define la totalidad de la producción de Rodó, sino, aun, que constituye su parte medular. Lo medular está en el conjunto de sus ideas filosóficas, éticas, estéticas, políticas, y sociales, para limitarnos, en una distinción convencional, a las categorías más generales y comprensivas. Ciertamente es que en su americanismo participan accesoriamente todas y cada una de esas categorías. Pero el cuerpo fundamental de ellas, en sus contenidos doctrinarios más intrínsecos, le es independiente<sup>25</sup>.

El continentalismo literario hispanoamericano en Rodó se da en una nueva generación literaria, la del Modernismo:

*Grabemos entre tanto, como lema de nuestra divisa literaria, esta síntesis de nuestra propaganda y nuestra fe: Por la unidad intelectual y moral de Hispanoamérica.* Todo ello para preparar el triunfo de la unidad política, vislumbrada por la mente del libertador, al reunir las irradiaciones de la inteligencia americana, por la fuerza de la comunidad de los ideales y las tradiciones<sup>26</sup>.

Para continuar hablando de su ensayo del *Hispanoamericanismo literario al latinoamericanismo literario*, ensayo que nos ha permitido hacer esta pequeña síntesis sobre la obra de Arturo Ardao, continua-

23. *La inteligencia latinoamericana*. “Del hispanoamericanismo literario al latinoamericanismo literario” (1980). p. 55.

24. *Espacio e inteligencia*. “De hipótesis y metáforas” (1983). p. 151.

25. *Estudios latinoamericanos de Historia de las ideas*. “El americanismo de Rodó” (1970). p. 112.

26. *La inteligencia latinoamericana*. “Del hispanoamericanismo literario al latinoamericanismo literario” (1980). p.



remos dentro del proceso de integración latinoamericana con la figura de Pedro Henríquez Ureña, quien contempla al Brasil en la denominación y confección de sus dos últimas obras: *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica* (1949 en español) y *La Historia de la Cultura en la América Hispánica* (1947).

Por primera vez además de la intención de reunir a Brasil dentro de la denominación del continente, se estudia su producción literaria primero y luego en la segunda obra, su producción cultural, con la del resto de América española. Todos los autores anteriormente nombrados a pesar de utilizar la denominación América a secas o América Latina, estudiaron solamente la producción de América española. Pedro Henríquez Ureña, autor dominicano (1884-1936), es el primero que estudia a la América española y a la América portuguesa conjuntamente. Paso que considera Ardao como muy importante dentro de nuestro proceso de integración.

Al mismo tiempo aparecía *La gran literatura iberoamericana* (1945) del chileno Arturo Torres Rioseco, elaborada en los Estados Unidos. “La apertura de la nueva etapa, por lo que a la literatura se refiere, quedaba afianzada”<sup>27</sup>.

Una vez trabajado en conjunto el concepto de Literatura Hispánica o iberoamericana, el siguiente paso en nuestra integración sería trabajar la Literatura Latinoamericana en su conjunto incluyendo Haití. Ya José María Torres Caicedo:

Había empezado, es cierto, aplicando el nombre América Latina sólo a la de origen español. Pero ya en 1875 había dicho: *Hay América anglosajona, dinamarquesa, holandesa, etc.; la hay española, francesa, portuguesa; y a este grupo, ¿qué denominación científica aplicarle sino el de latina?* Y en el mismo año 1879 de aquel informe literario,

había fundado en París la Sociedad de la Unión Latinoamericana, que junto a los países hispanoamericanos incluyó Haití; representantes de este país fueron, aun, de los más activos colaboradores. No tuvo lugar, en cambio, la participación de Brasil, pero por motivaciones puramente políticas: era como unión de Repúblicas que desde años atrás venía concibiendo y predicando la Unión Latinoamericana<sup>28</sup>.

Sin embargo no era el tiempo para estudiar a toda la América Latina en su trabajo, todavía. El nombre América Latina se impondría en la segunda mitad del siglo XX.

Con sus altibajos, el polémico nombre América Latina como denominación continental, no dejó de ir creciendo desde fines del siglo pasado hasta fines de la primera mitad del presente. Su efectivo espaldarazo internacional lo tuvo en 1948, al crearse en las Naciones Unidas la Comisión Económica para la América Latina, CEPAL. En el estricto campo de la integración cultural del continente, recibió inmediata confirmación por parte del llamado Primer Congreso de Universidades Latinoamericanas, celebrado en Guatemala en 1949, del que surgió la Unión de Universidades de América Latina, UDUAL; no faltaron allí congresistas que resistieron el nombre, proponiendo para la nueva entidad, pese a la participación de Haití, ya el de Hispanoamérica, ya el de Iberoamérica: se olvidaba la jurisdicción –y por lo mismo legitimidad– de cada uno en la región geográfico-cultural que también a cada uno le es propia. Una nueva carrera inició entonces el nombre, especialmente acelerada en los últimos lustros<sup>29</sup>.

Concluye Ardao este ensayo *Del hispanoamericanismo literario al latinoamericanismo literario* señalando que existe

27. Pág. 67.

28. Pág. 69.

también un *latinoamericanismo de acceso* para incluir dentro de Latinoamérica a las literaturas latinoamericanas caribeñas y a las literaturas latinoamericanas indígenas que han sido las últimas en integrarse al estudio total de la literatura latinoamericana.

## BIBLIOGRAFÍA

ARDAO, Arturo. Estudios latinoamericanos de Historia de las ideas. Caracas: Monte Avila Editores, 1978.

*Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980.

*Espacio e inteligencia*. Caracas: Equinoccio, Editorial de la Universidad Simón Bolívar, 1983.

*Nuestra América Latina*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1986.

*La Inteligencia Latinoamericana*. Montevideo: Universidad de la República, 1987.

*Lógica de la razón y lógica de la inteligencia*. Montevideo: Biblioteca de Marcha, Universidad de la República, 2000.

SASSO, Javier. "Ardao, Arturo". En: *Diccionario enciclopédico de las letras en América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1995.

GARCÉ, Adolfo. "La serena inteligencia de Arturo Ardao. Tributo al guardián". En: *Brecha*. Uruguay, 26 de septiembre de 2003.

LIBERATI, Jorge. "Una filosofía que mira al futuro". En: *Brecha*. Uruguay, 26 de septiembre de 2003.

SIERRA, Carmen de. "Por la unión latinoamericana". En: *Brecha*. (Fragmentos de una entrevista) Uruguay, 26 de septiembre de 2003.

COURTOISIE, Agustín. "La erudita inteligencia" En: *El país cultural*. No. 727. Uruguay, 10 de octubre de 2003.

LIBERATI, Jorge. "Arturo Ardao. A un mes de su muerte". En: *Vuelta de página*. Serie: Tributos. Uruguay, noviembre 2003, Relaciones 234.

FEBRES, Laura. *Pedro Henríquez Ureña. Crítico de América*. Caracas: Ediciones de la Casa de Bello, 1989.